

GUERRAS POR LOS RECURSOS

El futuro escenario del conflicto global

Michael T. Klare

Guerras por los recursos
El futuro escenario del conflicto global
© Michael T. Klare
Primera edición 2001
Colección Geopolítica Internacional N° 21
ISBN: 9781663553621

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

INDICE

| | |
|--|------------|
| Introducción | 6 |
| 1. Riqueza, recursos y poder: Los cambiantes parámetros de seguridad mundial | 11 |
| 2. El petróleo, la geografía y la guerra: Búsqueda competitiva del abastecimiento | 55 |
| 3. Conflicto petrolero en el Golfo Pérsico | 93 |
| 4. Conflicto por la energía en la cuenca del mar Caspio | 146 |
| 5. Guerras por el petróleo en el mar de China meridional | 197 |
| 6. Conflicto por el agua en la cuenca del Nilo | 247 |
| 7. Conflicto por el agua, cuencas del Jordán, el Tigris-Éufrates y el Indo | 295 |
| 8. Disputa de riquezas: Guerras internas por minerales y madera de construcción | 331 |
| 9. La nueva geografía del conflicto | 370 |
| Apéndice: Disputas territoriales, zonas que contienen petróleo y/o gas natural | 392 |

Introducción

Porque son valiosos y confieren poder y riqueza, la disputa de los recursos deviene un rasgo cada vez más destacado del panorama mundial. Esa disputa, muchas veces entremezclada con antagonismos étnicos, religiosos y tribales, plantea un peligro significativo y de creciente gravedad para la paz y la estabilidad en muchas regiones del mundo.

Con los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center y el Pentágono, también Estados Unidos ha pasado a ser víctima del conflicto por los recursos. Por más que el móvil de los secuestradores del 11 de septiembre pudo ser el celo religioso, ellos formaban parte de una red planetaria cuyos objetivos últimos —derribar la monarquía saudí pro occidental e instaurar un régimen doctrinario islámico— le proporcionarían el dominio sobre la cuarta parte de las existencias de petróleo remanentes en el mundo.

El éxito de esa campaña habría privado también a Estados Unidos de una fuente principal de riqueza y poder... cuando, precisamente por evitar ese riesgo, Washington protege desde hace tiempo al régimen saudí frente a sus numerosos enemigos, Osama bin Laden entre ellos.

Por este y otros caminos, el designio norteamericano de asegurar el flujo de crudo ha conducido a esa nación a una intervención cada vez mayor en las luchas de poder de la región.

Esas luchas, naturalmente, habían empezado allí mucho antes de que se descubriese el petróleo. Hacía siglos que las tribus y los reinos locales se disputaban los ríos, los puertos y los oasis de las tierras que rodean el golfo. En estos conflictos, habitualmente, los antagonismos religiosos se combinaban con otras preocupaciones más mundanas, como el acceso a manantiales y cursos de agua vitales.

A finales del siglo XIX el descubrimiento del petróleo añadió una

nueva dimensión a dicho panorama de violencia, porque a partir de este punto las grandes potencias extranjeras establecieron sus intereses en la región y recurrieron a la fuerza militar con cierta asiduidad para proteger esos nuevos intereses.

Entraron primero en liza Gran Bretaña y Rusia, y no tardaron en sumárseles Francia, Alemania y Estados Unidos. A finales del siglo XX, la salvaguardia del flujo de crudo desde el golfo Pérsico era ya una de las funciones más importantes de la maquinaria militar estadounidense.

Cuando Osama bin Laden y sus secuaces lanzaron su yihad contra Estados Unidos y el gobierno saudí no buscaban directamente petróleo, pero éste desde luego asumió un papel central en los cálculos estratégicos de aquéllos. Como veremos en el capítulo 3, la familia real saudí consintió durante decenios que las compañías estadounidenses extrajeran del reino las inmensas cantidades de crudo que contribuyeron a sostener el largo período de crecimiento económico de la segunda mitad del siglo XX.

La estrecha relación entre Estados Unidos y la familia real saudí se forjó durante los últimos meses de la II Guerra Mundial. Los dirigentes norteamericanos deseaban asegurarse el acceso al petróleo saudí en condiciones ventajosas, y esto dio lugar a uno de los episodios más extraordinarios de la historia contemporánea de Estados Unidos.

Después de participar en la conferencia aliada de Yalta, y antes de regresar a su país, el presidente Franklin D. Roosevelt se reunió con el rey Abdel-Aziz ibn Saud. Los detalles de esta reunión no se han publicado nunca, pero se cree que Abdel-Aziz ofreció a Roosevelt acceso ilimitado al petróleo saudí, a cambio del compromiso estadounidense de proteger a la familia real contra cualquier ataque interior o exterior. Cualquiera que fuese el contenido exacto del acuerdo, el hecho es que Estados Unidos viene siendo desde entonces el valedor principal de Arabia Saudí.

Este vínculo entre Estados Unidos y Arabia Saudí ha proporcionado considerables beneficios a las dos partes, pero al mismo tiempo ha conducido a un compromiso cada vez mayor de Estados Unidos en la política de la región. Y le vale a Washington la enemistad de quienes, como Osama

bin Laden, pretenden derribar esa monarquía y reemplazarla por otro tipo de régimen. El resultado es que Estados Unidos se ha implicado en una serie de lo que parece justo llamar «*guerras por los recursos*» de la región del Golfo.

En el momento de escribir estas líneas, comienzos de diciembre de 2001, todo indica que Osama bin Laden no tardará en ser capturado o muerto. Es probable, pues, que termine pronto este capítulo de la historia actual de los conflictos en Oriente Próximo. También parece verosímil que Washington tome otras medidas para reforzar su posición en el Golfo, entre ellas una nueva iniciativa para defenestrar a Sadam Husein. La destrucción de Al Qaeda no significa, sin embargo, que sea de prever un largo período de paz en la región. Al contrario, y puesto que la dependencia de Estados Unidos con respecto al petróleo del golfo Pérsico no deja de aumentar, nuestros cálculos deberían tener en cuenta la aparición de nuevos e inesperados peligros para la estabilidad.

El desafío tal vez revestirá el ropaje y la fraseología de la religión, pero será una consecuencia de la hostilidad motivada por la presencia de Estados Unidos en la zona del golfo Pérsico. Presencia derivada en buena parte de esa inquebrantable determinación de controlar desde Washington el aprovisionamiento de un recurso precioso.

En otros lugares del mundo, probablemente, también estallarán luchas por el acceso a las fuentes de energía. Como se apunta en los capítulos 4 y 5, Estados Unidos se ha involucrado en las dinámicas de poder locales de las cuencas del mar Caspio y del mar de China meridional, regiones donde se intuyen significativas reservas de petróleo y gas natural.

En la del Caspio son cinco las naciones que se disputan los derechos sobre las reservas submarinas: Azerbaiyán, Irán, Kazajistán, Rusia y Turkmenistán. Varias de ellas, así como las vecinas Armenia, Georgia y Uzbekistán, están desgarradas por conflictos internos para los que se aducen causas étnicas, religiosas y tribales.

Las compañías petroleras estadounidenses procuran extraer recursos de esa región conflictiva y de ahí que las autoridades de Estados Uni-

dos hayan firmado acuerdos de colaboración militar con ciertos países seleccionados de la misma, y organicen periódicas maniobras militares conjuntas. En el mar de China meridional también son varios los Estados, entre los que están China, Malasia, Filipinas, Taiwán y Vietnam, que anuncian pretensiones sobre las reservas energéticas submarinas. Una vez más, Estados Unidos mueve ficha en esa partida.

Las petroleras estadounidenses han iniciado prospecciones en busca de petróleo y gas, y mientras tanto el Departamento de Defensa aprovisiona de armas a los regímenes amigos de la región. Además, Washington se ha comprometido a garantizar la seguridad de las expediciones marítimas en la zona (buena parte de las cuales son transportes de productos energéticos rumbo al Japón), así como a defender a Filipinas en caso de agresión exterior.

Por supuesto, Estados Unidos no es la única gran potencia estratégicamente interesada en la disponibilidad y la circulación del petróleo. China también, puesto que depende cada vez más del aprovisionamiento exterior; por su parte Rusia procura dominar los flujos de crudo y gas natural emergentes de la región del Caspio. Lo mismo que Estados Unidos, estas naciones han suministrado armas a los gobiernos amigos de las principales regiones productoras, y en algunos casos han desplegado en ellas sus propias fuerzas militares.

En la medida en que las grandes potencias identifican el acceso al petróleo con su interés nacional, aumenta el riesgo de escalada de los conflictos locales hasta convertirlos en conflagraciones regionales de mayores dimensiones. Pero hay más, y es que el petróleo no es el único recurso crítico que podría depararnos antagonismos en los años venideros. Como se demuestra en los capítulos 6 y 7, el agua también es susceptible de desencadenar contiendas en las zonas de abastecimiento escaso y disputado.

Cierto que algunos países, como Estados Unidos y Canadá, son esencialmente autosuficientes en cuestión de agua potable; pero otros muchos dependen de sistemas compartidos como son los ríos Nilo, Jordán y Éufrates. Y, al igual que las zonas del Caspio y el mar de China meridional,

nal se han inflamado en disputas territoriales no resueltas, también la utilización de los recursos fluviales compartidos garantiza el contencioso permanente. Israel y Jordania, por ejemplo, se enfrentan por el control del río Jordán desde hace tiempo. Entre Siria y Turquía se han cruzado más de una vez amenazas bélicas por causa del Éufrates. Y también se ha de prever que la demanda de agua va a aumentar en el futuro, por el crecimiento demográfico y la tendencia a aumentar las superficies de regadío, lo que incrementará la presión sobre los sistemas hídricos en disputa.

Mientras el agua, el petróleo y el gas natural atizan la más intensa competición, otros conflictos se incuban en relación con los minerales, las piedras preciosas y la madera de construcción, especialmente en los países en vías de desarrollo que no poseen muchas más fuentes internas de riqueza. Las facciones étnicas y políticas que tratan de apoderarse de un recurso lucrativo, una mina de cobre muy productiva, por ejemplo, un yacimiento diamantífero o una plantación maderera, suelen verse arrastradas a sangrientas luchas intestinas que se prolongan durante varias generaciones.

Conforme aumenta la demanda de este tipo de recursos y muchos países pobres se deslizan por la pendiente del endeudamiento, la intensidad del conflicto alrededor de esas zonas en disputa no puede sino aumentar. Evidentemente, los atentados del 11 de septiembre de 2001 tendrán amplia repercusión en los asuntos mundiales y afectarán a muchos aspectos del comportamiento internacional. La forma que van a revestir las relaciones entre las grandes potencias, por ejemplo, dependerá de su grado de compromiso en la futura coalición de la administración Bush para combatir el terrorismo en Oriente Próximo.

De igual modo, es seguro que cambiarán los vínculos de Norteamérica con los estados musulmanes moderados. Pero mientras no se encuentre remedio a la rivalidad mundial por el acceso a las materias primas, la disputa de los recursos seguirá siendo un ostensible del entorno internacional de seguridad.

Northampton, Massachusetts diciembre de 2001